

JAVIER RAMOS DE LOS SANTOS

LOS CRÍMENES

QUE CAMBIARON LA HISTORIA

DE ESPAÑA

ATENTADOS, CRÍMENES, CONJURAS Y MAGNICIDIOS
CONTRA REYES, PRESIDENTES DE GOBIERNO
Y OTROS DIRIGENTES PATRIOS



OBERON

**LOS CRÍMENES QUE
CAMBIARON LA
HISTORIA DE ESPAÑA**

**LOS CRÍMENES QUE
CAMBIARON LA
HISTORIA DE ESPAÑA**

JAVIER RAMOS DE LOS SANTOS

OBERON

Primera edición, mayo 2024

Responsable editorial: Susana Krahe Pérez-Rubín
Diseño de cubierta: Patricia Bataller

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Copyright de los textos: Javier Ramos de los Santos



© EDICIONES OBERON (G. A.), 2024
C/ Valentín Beato, 21 - 28037 Madrid
Depósito legal: M.10.229-2024
ISBN: 978-84-415-5013-1
Impreso en España

*Para Gema, por ser mi principio y mi fin.
Para Iván y Marina, que, con tan solo existir,
me enseñasteis a vivir.*

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	9
CAPÍTULO 1. EL ADIÓS DE CINCO PRESIDENTES	13
1. Prim y su misterioso asesinato (1870)	13
2. La peligrosa incógnita de la muerte de Cánovas (1897)	24
3. El fin de Canalejas: misterios sin resolver (1912)	29
4. Un atentado ideado: Eduardo Dato (1921)	35
5. Carrero Blanco: ¿ETA o la CIA? (1973)	40
CAPÍTULO 2. INTENTOS FALLIDOS	47
1. En tiempos de Fernando el Católico (1492)	48
3. Isabel II y el cura Merino (1852)	53
4. Amadeo I de Saboya: un rey sin miedo (1872)	55
5. La sombra alargada del anarquismo: Antonio Maura (1904 y 1910)	58
6. Padre e hijo: Miguel (1926) y José Antonio Primo de Rivera (1934)	61
CAPÍTULO 3. LOS REGICIDIOS FRUSTRADOS CONTRA LOS BORBONES	67
1. Alfonso XII: objetivo del anarquismo (1878 y 1879)	68
2. Alfonso XIII: entre bombas anda el juego (1905 y 1906)	73
CAPÍTULO 4. LOS ATENTADOS CONTRA FRANCO	79
1. Su llegada a las islas afortunadas	79
2. Unos cabos bien puestos	81
3. El agente doble que pasó por periodista	82
4. Una falange descontenta	84
5. Una combativa resistencia	84
6. Entre maquis y guerrilleros	85
7. Alguna bomba que otra	86
8. Dinamita en el puente	87
9. Desde Escocia con amor	87
10. El general portugués sin miedo asesinado en España	88

CAPÍTULO 5. LOS INTENTOS DE ETA DE MATAR	
A JUAN CARLOS I Y AZNAR	91
1. ¿Corrió peligro la vida del rey de España?	91
2. El coche bomba que estalló contra el líder de la oposición.....	94
3. El francotirador que quiso acabar con la vida de Pedro Sánchez	98
CAPÍTULO 6. ¿BLINDADOS O VEHÍCULOS FRÁGILES?	101
1. La berlina de Prim	101
2. Un titán de aluminio pero sin blindaje.....	102
3. El coche del año que saltó por los aires.....	104
4. Los vehículos de Franco	105
5. Un tanque sobre ruedas	107
CAPÍTULO 7. OTROS CRÍMENES CONTRA LÍDERES POLÍTICOS ...	109
1. La investigación	112
2. La crueldad de ETA	112
3. Un tiro en la cara.....	114
CAPÍTULO 8. LUGARES CON HISTORIA PARA VISITAR	115
1. De camino hacia el barrio de Salamanca.....	118
AGRADECIMIENTOS	121
BIBLIOGRAFÍA	123

INTRODUCCIÓN

En poco más de cien años, cinco presidentes del Gobierno fueron asesinados. Grandes atentados que cambiaron al menos cinco veces la historia de la España contemporánea: Prim, Canalejas, Cánovas, Dato y Carrero Blanco, todos ellos máximas autoridades de nuestro país, fueron asesinados en circunstancias escandalosamente extrañas. Vistos en perspectiva, fueron auténticos golpes de Estado.

A lo largo de un siglo de magnicidios ha desfilado la historia de nuestro país desde aquel 27 de diciembre de 1870 al 20 de diciembre de 1973, exactamente ciento tres años de vida española. Paralelamente a estos sucesos discurrió otro relato, más solemne, que va desde la liquidación de la Revolución de 1868 (con el breve paréntesis del reinado de Amadeo I o la Primera República) a la restauración de Alfonso XII; el turno pacífico de poder ideado por Cánovas, la regencia de María Cristina, el desastre del 98, el dilatado reinado de Alfonso XIII, con la dictadura de Miguel Primo de Rivera; la República del 14 de abril, con el trágico epílogo de la Guerra Civil; el largo mandato de Franco...

Y es que con cinco jefes de Gobierno asesinados, España es el país occidental donde más magnicidios se han ejecutado (a modo de ejemplo, en Estados Unidos cuatro presidentes han muerto tras ser atacados: Abraham Lincoln en 1865, James A. Garfield en 1881, William McKinley en 1901 y John Fitzgerald Kennedy en 1963).

También ha habido, aunque no llegaron a concluirse, varios intentos de atentar contra otras importantes figuras institucionales, como los reyes Alfonso XII y Alfonso XIII, la reina Isabel II o los políticos Antonio Maura o José Antonio Primo de Rivera. Frustrados conatos contra los Reyes Católicos, Fernando de Aragón e Isabel de Castilla, si nos remontamos más atrás en el tiempo.

Ninguna historia de otro país tiene tantos presidentes asesinados en tan poco tiempo, ni tantos regicidios fracasados, ni tantos atentados a políticos por razones inexplicables. Y esa abundancia de casos pone de manifiesto que nunca fue una casualidad, sino un modo siniestro de cambiar la política. El magnicidio se presenta como la solución ideal para transformar la política a la carta, engañando a la historia con la exaltación de la heroicidad de los asesinos y el olvido de la investigación.

La Real Academia Española (RAE) define el término «magnicidio» como una «muerte violenta dada a una persona muy importante por su cargo o poder» en la sociedad. Por tanto, el asesinato violento de un miembro de un Gobierno o de la oposición puede ser calificado como un magnicidio. En España, por ejemplo, el magnicidio está considerado un delito especialmente grave, por lo que está penado con prisión permanente revisable, una de las penas más graves que se recoge en el Código Penal. Esta pena de prisión por tiempo indefinido solo se aplica a casos extremadamente graves como el terrorismo, los genocidios o los delitos de lesa humanidad, entre otros.

En el siglo XX europeo, comenzó a producirse la aparición y desarrollo de diferentes formas de violencia que afloraron como una fuerza desconocida para sus coetáneos, y que marcaron el devenir del siglo. Una de esas primeras manifestaciones fue la lucha del movimiento anarquista contra el mundo de privilegios heredado del siglo XIX que agitó los continentes europeo y americano entre finales del siglo XIX y el primer cuarto del siglo XX. En España, el movimiento anarquista gozó de uno de sus bastiones ideológicos, que se plasmó en su protagonismo en la vida política a través de la movilización social y laboral y con hechos como el asesinato de grandes líderes políticos.

Coches blindados, guardaespaldas y estrictos protocolos de seguridad protegen a los líderes políticos, de todo el mundo en sus desplazamientos y apariciones en público. Y en España este aspecto no resulta una excepción. Toda precaución es poca si se tiene en cuenta que son el centro de atención en actos políticos o mítines electorales. Estar expuestos ante grandes multitudes

de personas los señala como blanco en ciertas situaciones en las que, ante cualquier fallo en el sistema de seguridad, se pueden producir circunstancias de riesgo.

En el caso de los cinco presidentes de Gobierno asesinados, las lagunas en torno a su seguridad como altos mandatarios han sido claras y notorias. La historia y las crónicas de la época así lo reflejan. Lo que ha puesto en evidencia una y otra vez la desprotección a la que están sometidos nuestros políticos y otros de todo el orbe.

El magnicidio ha sido durante más de un siglo una respuesta a los deseos de cambio. Mediante maquinación inteligente, la violencia política trata de cambiar el curso de la historia con la muerte violenta de los máximos dirigentes. Desde finales del siglo XIX y hasta muy avanzado el XX, en España, la forma nueva de forzar el destino colectivo era matando a un solo hombre. Un método que ha llegado hasta los tiempos más recientes del franquismo con el magnicidio del almirante Luis Carrero Blanco. En todas las ocasiones se han detectado grupos de ejecutores manejados en la sombra por quienes se benefician de la acción y encubren la verdad, revistiéndola con la supuesta ideología revolucionaria de los asesinos.

Se pueden remarcar, además, cuatro características que se repiten en los cinco asesinatos: importantes fallos de seguridad que dejaron a los presidentes demasiado expuestos; ninguno de los casos fue investigado como debería haberse hecho; a pesar del fracaso que suponen estos actos, ha sido común que los ministros cercanos al presidente asesinado ascendieran en vez de ser destituidos; la cuarta constante es que los asesinos fueron tildados de libertarios o revolucionarios, enmascarando con ello maniobras políticas que, al investigar, puede verse que llevaron a cabo criminales a sueldo, de perfil idéntico.

Prim decía que en España no había republicanos y dicen que ese pensamiento hizo que Paúl y Angulo (político republicano y revolucionario) lo odiara, pero esto debía ser mentira, porque a Prim lo mataron utilizando a Paúl y Angulo solo para arrebatárle el poder. A Cánovas nunca le perdonaron la vuelta de la monar-

quía y aún menos ser un hombre inteligente y eficaz. A Canalejas su política de reformas sociales le costó la vida; para Dato, la sentencia de muerte fue su firmeza en la neutralidad de España, con la cantidad de dinero que producen las guerras, y a Carrero Blanco le costó la vida que había llegado el momento de romper la continuidad del régimen. Todos estos presidentes sobraban. Los asesinos no atendieron a razones, les daba igual un motivo que otro, la cosa era organizar el atentado.

A Prim lo intentaron matar varias veces, como a Cánovas y Canalejas. Con Dato y Carrero afinaron el tiro y solo necesitaron un intento. En todos los casos, los planes fueron minuciosos, bien dotados económicamente y con derroche de medios.

Sin temor a equivocarnos en nuestra sentencia final, los magnicidios en España han sido eventos cruciales que han alterado el curso de la historia de nuestro país. Desde el siglo XIX hasta la actualidad, líderes políticos y figuras relevantes han caído víctimas de la violencia política, dejando un legado de tragedia y transformación. Estos actos han marcado momentos críticos en la evolución de España, reflejando las tensiones y conflictos inherentes a su complejo contexto histórico y político.

CAPÍTULO 1. EL ADIÓS DE CINCO PRESIDENTES

El transcurso del siglo XIX español fue una amalgama de conmoción e inestabilidad. ¿Razones? La enrevesada escena política, la inquietud social y las desazones del ejército. La combinación de estos tres factores, así como la evolución de los problemas patrios e internacionales hasta la década de 1970, acaban en los crímenes de cinco presidentes del Gobierno como una de las síntesis.

Y es que los magnicidios, o asesinatos de líderes políticos, han dejado una huella indeleble en la historia de España, marcando momentos cruciales que han influido en su evolución política y social. Desde el siglo XIX hasta la actualidad, varios líderes han caído víctimas de estos actos violentos, dejando un legado de tragedia y cambio en el tejido mismo del país. Haciendo un recorrido histórico, comenzamos con el primero de ellos.

1. PRIM Y SU MISTERIOSO ASESINATO (1870)

En España iniciamos ese siniestro recuento el 27 de diciembre de 1870 con el crimen del general Juan Prim i Prats (1814-1870), presidente del Consejo de Ministros, quien era el principal respaldo del futuro rey de España Amadeo I de Saboya. La responsabilidad del asesinato a arcabuzazos en la calle del Turco de Madrid (hoy Marqués de Cubas) del político catalán (tan solo un año después de acceder al cargo) quedará en la sombra, aunque con sospechas hacia republicanos radicales y el propio cuñado de la reina exiliada, Antonio María de Orleans, el duque de Montpensier. Los asesinos, vestidos de transeúntes, le dispararon en su coche cuando se dirigía a su casa para preparar su viaje a Cartagena, donde recibiría a Amadeo I de Saboya. Esa noche había defendido en las Cortes su propuesta sobre el futuro monarca.

«Al retirarse del Congreso —según refleja en sus páginas el diario liberal *La Iberia*— fue asaltado en la calle del Turco el carruaje que los conducía (a Prim y sus ayudantes) por una cuadrilla de asesinos que estaban ocultos en dos coches de alquiler». «Al detenerse este —proseguía—, se bajaron de dos coches de plaza los bandidos, armados de trabucos y carabinas, y rompiendo con el cañón de estos los cristales de las portezuelas del coche, hicieron sobre este varios disparos a quemarropa».

Prim fue herido a trabucazos la tarde noche de la peor nevada en Madrid. A las 7:30 de la tarde, tras despachar los asuntos del día, el general salió del Congreso de los Diputados por la puerta de la calle Floridablanca. Después de que su ayudante realizara una señal, el cochero acercó el carruaje hasta la puerta. Se despidió de Práxedes Mateo Sagasta, líder del partido progresista, y subió al coche junto a sus dos asistentes, González Nandín y Moya.

Al llegar a la esquina con la calle de Alcalá, un frenazo brusco del carruaje que les precedía obligó al cochero a parar en seco. En ese mismo instante, dos grupos de hombres cubiertos con amplias capas se situaron en torno al coche del general. Estupefacto, Nandín advirtió que uno de ellos sacaba un trabuco y apuntaba al interior del vehículo. Solo tuvo tiempo para gritar: «¡Mi general, cuidado...!».

De manera instintiva, Prim se encogió en el asiento y pudo esquivar el primer disparo. Pero, casi al unísono, por la derecha se escuchó una voz bronca: «¡Fuego, puñeta!... ¡Fuego!». La descarga resonó dentro del coche mientras una nueva ráfaga de trabucazos alcanzaba a nuestro protagonista. Superando toda clase de trabas, el cochero arrancó a toda prisa y consiguió eludir una segunda patrulla de hombres apostada en la calle de Alcalá. El general sangraba abundantemente. Los últimos disparos le habían destrozado el hombro y un brazo.

A Prim lo llevaron a su residencia, la sede del Ministerio de la Guerra, en el palacio de Buenavista. Fue atendido por el doctor Losada, su médico personal, y otro colega, el doctor Lladó.

El presidente no quería que cundiera la alarma. Se acordó transmitir la idea de que se iba a reponer, porque parece que eso es lo que sucedería. Los días 28 y 29 los pasó relativamente bien. Pero el 30 le invadió una fiebre alta. Llamaron al doctor Sánchez de Toca, pero ya era tarde: una infección letal acabó con su vida. Prim falleció el 30 de diciembre de 1870, entre las 20 y las 20:15 horas, el mismo día de la llegada de Amadeo I de Saboya, el rey que él quiso para España. Hasta aquí la versión oficial.

Así finalizó el mandato de Prim, en principio por unas heridas de poca gravedad, pero que se infectaron hasta provocarle la muerte. «Hoy desembarcará el rey y yo me muero», dijo Prim instantes antes de morir, según *La Correspondencia de España*. En el momento del atentado, nuestro protagonista era presidente del Gobierno y también ministro de Guerra.

Según el historiador Josep Fontana, continúa siendo un misterio quiénes fueron los autores del crimen. El cadáver embalsamado de Prim fue examinado por un equipo de expertos y concluyó que lo habían estrangulado a lazo. Sin embargo, otro dictamen, encargado por la Sociedad Bicentenario General Prim 2014, niega esas conclusiones y sostiene, igual que la versión histórica, que murió a consecuencia de la infección de las heridas del atentado.

Del posible asesinato, de inmediato, se culpó al diputado republicano federal y también acaudalado comerciante de vinos de Jerez, José Paúl y Angulo, porque se comentó que su voz se había escuchado durante el atentado. Sin embargo, más tarde Paúl y Angulo acusaría al duque de Montpensier y al general Serrano, porque el jefe de su escolta resultó implicado en el crimen y porque cuando presidió el primer Gobierno de la monarquía de Amadeo I tras su abdicación no puso mucho interés en investigar el crimen. Estas teorías no se descartan del todo, aunque se estudia también la posibilidad de que detrás del atentado estuvieran los hombres de negocios con intereses en Cuba que temían los cambios que podía introducir Prim en la política colonial. De hecho, en Cuba se daba por seguro que el gatillo se apretó desde La Habana.

La cantinela de que Prim iba a ser asesinado era tan persistente que tres días antes del 27 de diciembre de 1870, en plena Nochebuena, y en los dos días siguientes, por Sevilla, en el feudo de los Montpensier corrió la noticia de que ya había sido asesinado. La misma mañana del crimen, el periodista Bernardo García, director de *La discusión*, puso a su disposición la lista de los pistoleros que abrirían fuego contra él. El diputado republicano Francisco García López también le advirtió del atentado, como lo hizo Emilio Castelar.

Otra investigación apunta a que se escogió un plantel de criminales llegados de distintos puntos de España y coordinados por personajes con harta experiencia en turbulencias políticas y negocios sucios. Todos los criminales eran sicarios remunerados, con salario de diez pesetas por día y la promesa de cinco mil duros si acababan con Prim. Un grupo de selectos asesinos de eficacia probada vino de La Rioja, y otro, de Valencia. Alguno suelto procedía de Zaragoza.

CONSPIRADORES, INDUCTORES Y ELUCUBRACIONES

Ricardo de la Cierva, reputado historiador y ministro de Cultura en 1980 por la Unión de Centro Democrático durante la Transición española, señala por su parte que el abogado Pedrol Rius descubrió a los autores materiales, los inductores y las causas de la entrada del sumario en el olvido:

El ejecutor material del crimen fue José Paúl y Angulo, un señorito criminal jerezano, que había sido revolucionario de 1868, y luego quedó muy resentido contra Prim porque no había premiado sus servicios como él se esperaba. Los inductores eran de alta cuna. Nada menos que el general Serrano, regente de España y enemigo mortal de Prim desde mucho antes; y el duque de Montpensier, que había contribuido con sus buenos dineros a la revolución de 1868 contra su cuñada Isabel II, pese a lo cual Prim, árbitro de España, que no se fiaba del duque, le cedió el camino del trono a un monarca extranjero.

Precisamente, las esperanzas del duque de Montpensier, escondido tras la candidatura de su esposa Luisa Fernanda, hermana de Isabel II, se acabarían desde el momento en que Amadeo de Saboya alcanzara la corona española; así como las de los que se mostraban partidarios de Alfonso, hijo de Isabel II, acaudillados por Antonio Cánovas con la eficaz cooperación del duque de Sesto, y, por supuesto, de los republicanos.

Mientras, la primera voz que se alzó contra Serrano fue la de la viuda de Prim. Cuando el rey Amadeo I tuvo la ocasión de visitar la capilla ardiente, le aseguró que nada lo detendría hasta descubrir a los asesinos. Por su parte, Francisca Agüero respondió: «Vuestra Majestad no tendrá que buscar muy lejos». Y con la mirada señaló a Serrano, que estaba a su lado. Resultaron ser más graves las declaraciones de un cabo del Ejército, Francisco Ciprés, quien se ofreció a identificar al promotor de un anterior intento de asesinato contra Prim. El implicado fue José María Pastor, jefe de la escolta de Serrano.

Ahora nos detenemos en la figura del periodista Francisco Pérez Abellán. Quien creó la Comisión Prim de Investigación cuando dirigía el departamento de Criminología de la Universidad Camilo José Cela. No tenía más intención que la de «aplicar las técnicas de investigación más avanzadas para aclarar el magnicidio de Prim, que es el gran misterio de la historia criminal española». Hasta Reus se desplazó un equipo, en cuya ciudad se custodia el cuerpo del general embalsamado y, después de realizar una autopsia, concluyó que Prim había sido estrangulado poco después del atentado, al detectarse unos «surcos en el cuello». Abellán aseguró haber resuelto el crimen. Sin embargo, parte del equipo científico que lo secundó se negó a firmar dichas conclusiones: de hecho, solamente lo apoyó la médica forense Mar Robledo. Abellán se mostró abiertamente enfrentado con la Sociedad Bicentenario, estamento que descarta el estrangulamiento como causa de la muerte.

UN MILITAR DE PRESTIGIO

Militar y político, Juan Prim y Prats, nacido en Reus (Tarragona), consolidó su primera carrera militar durante la guerra carlista. Ferviente admirador tanto de Cataluña como de España, marcó con su vida, y con su muerte, la historia del segundo tercio del siglo XIX en nuestro país. Un tipo que se propuso alcanzar las más altas metas en todo cuando emprendió: la milicia, la política, la sociedad..., y lo logró: capitán general, presidente del Gobierno, diplomático hábil, parlamentario eficaz, gran señor, *bon vivant*, hombre de mundo, amante de la naturaleza, cazador impenitente... Prim fue el hombre que hizo posible la monarquía democrática en España en el convulso siglo XIX.

Su infancia y su adolescencia se desenvuelven en la España de Fernando VII, signadas por el creciente antagonismo entre los partidarios del liberalismo y los defensores del Antiguo Régimen. Tras la muerte del monarca, los carlistas se sublevaron inmediatamente en varios puntos de España (Talavera de la Reina, La Rioja, Guipúzcoa... y Cataluña). Con diecinueve años, Prim se alistó en el ejército en calidad de soldado distinguido de cuerpos francos el 21 de febrero de 1834. Al cabo de un mes y quince días pasó a la categoría de cadete. Empezaba de esta forma una de las más brillantes carreras militares del siglo XIX.

En Cataluña demostró un extraordinario valor, que rayaba muchas veces en la temeridad. Recibió diversas heridas y acabó la contienda con el grado de teniente coronel mayor y dos Cruces de San Fernando. Sobre todo, Prim adquirió merecidamente la aureola de héroe, de hombre intrépido, que le acompañaría toda su vida.

De convicciones liberales, se inició en política poco después del conflicto carlista como diputado del partido progresista por Tarragona, en 1841, de acuerdo con la orientación de su entorno urbano y familiar. Intervino en defensa de los intereses industriales de Cataluña, como haría siempre a lo largo de su vida.

Prim se implicó en la oposición a Espartero, que ocupaba la Regencia de España. El modo de gobernar personalista y militarista de este provocó la enemistad con muchos de sus partida-

rios. Prim tomó contacto con la Orden Militar Española que conspiraba contra el regente. En la primavera de 1843, el catalán participó en la sublevación militar que acabó con la huida de Espartero a Inglaterra y la entrada de los rebeldes en Madrid, con Narváez como hombre fuerte del Ejército. Como recompensa por su intervención en aquellos episodios, Prim obtuvo los títulos de conde de Reus y vizconde del Bruch, fue ascendido a brigadier y adquirió popularidad entre los progresistas de Cataluña.

Proclamada reina Isabel II en octubre del año 1843, la situación política en España giró pronto a la derecha. Tras unos meses del Gobierno de Luis González Bravo, el general Narváez ocupó la presidencia del Consejo de Ministros, lo que dio inicio a la década moderada.

Prim había contribuido al triunfo de los nuevos gobernantes, pero su significación era progresista, y sus relaciones con ellos fueron complejas. El político catalán comenzó por aquella época sus viajes al extranjero, en particular a Francia, que aprovecharía para mejorar una formación tan escasa en sus inicios. Entre otras cosas, adquirió un considerable dominio del idioma francés.

GOBERNADOR DE PUERTO RICO

Gobernador de Puerto Rico en octubre de 1847, observador en la guerra de Crimea, Prim participó en las intervenciones exteriores de la época de la Unión Liberal, tanto en África como en México. El mando de Prim en la isla caribeña solo duró hasta julio de 1848. En su temprano cese influyeron las protestas que llegaron a la Corte por el desempeño autoritario del cargo. En particular, destacan las duras medidas adoptadas para prevenir la rebelión de los esclavos puertorriqueños (el llamado Código Negro) y la represión implacable de los conatos que se produjeron.

De vuelta de Puerto Rico, el catalán alternó sus estancias en Madrid y en el extranjero, acumulando conocimientos, relaciones sociales y deudas, porque su estilo de vida era muy superior a sus ingresos.

Prim resultó elegido diputado en tres ocasiones, venciendo la oposición del Gobierno y de la jerarquía eclesiástica. Trató de estrechar lazos con los progresistas, que habían criticado su colaboración con el Gobierno en Puerto Rico, y con la opinión catalana. Solicitó ser enviado como observador a Turquía, al escenario de la previsible guerra que estallaría entre Rusia y las potencias europeas occidentales. Lo que pedía era un favor, pero el general Lersundi, presidente del Gobierno y ministro de la Guerra, debió pensar que era mejor alejarlo de España y accedió.

La estancia en el Imperio turco duró desde agosto de 1853 hasta agosto de 1854, con el paréntesis del invierno que pasó en París. Cuando llegó a Constantinopla fue recibido por el Sultán. En octubre, Turquía declaró la guerra a Rusia, y Prim asistió al combate que se desarrolló en Tutrakán, no solo como mero espectador, ya que aconsejó la colocación de las piezas de artillería que habrían de facilitar la victoria turca.

También viajó al actual territorio de Bulgaria, y en Rutschuck, mientras dirigía obras de fortificación, tuvo noticia de la revolución iniciada por el pronunciamiento del general O'Donnell, en Vicálvaro (Madrid). Inmediatamente volvió a España.

APOYÓ AL GOBIERNO DE O'DONNELL

El Gobierno le nombró, en enero de 1856, teniente general, con aprobación unánime del Congreso de los Diputados. Una medida que suponía la culminación de su carrera militar. Prim se mostró de acuerdo con la conducta seguida por O'Donnell al mando del Gobierno del país. Comenzó en ese momento, por tanto, un alejamiento de los progresistas, que duraría hasta 1863, y una aproximación al general Leopoldo O'Donnell. Una evolución que, probablemente, tenía mucho que ver con el nuevo rumbo que acababa de tomar la vida privada, y financiera, de Prim.

LOS CRÍMENES

QUE CAMBIARON LA HISTORIA

DE ESPAÑA

En poco más cien años cinco presidentes del Gobierno fueron asesinados. Los grandes atentados que cambiaron al menos el mismo número de veces la historia de la España contemporánea. Prim, Canalejas, Cánovas, Dato y Carrero Blanco, todos ellos en el ejercicio de funciones como máxima autoridad del Estado, fueron asesinados en circunstancias escandalosamente extrañas. Vistos en perspectiva, fueron auténticos golpes de Estado.

Y es que con cinco jefes de Gobierno asesinados, España es el país occidental donde más magnicidios se han pergeñado (en Estados Unidos cuatro presidentes murieron tras ser atacados: Lincoln, Garfield, McKinley y Kennedy). También ha habido, aunque no llegaron a concluirse, varios intentos de atentar contra otras importantes figuras institucionales, como Fernando el Católico, los regicidios frustrados contra los Borbones Alfonso XII y XIII o los mandatarios Antonio Maura o José María Aznar, este ya en tiempos presentes.

Esa abundancia de casos pone de manifiesto que nunca fue una casualidad, sino un modo siniestro de cambiar la política. El magnicidio se presenta como la solución ideal para transformar la política a la carta, engañando a la historia con la exaltación de la heroicidad de los asesinos y el olvido de la investigación.

En las páginas del libro también conoceremos cómo Francisco Franco se convirtió en enemigo público número uno por parte de anarquistas y republicanos, pero cuya 'baraka' o especie de protección divina que le acompañó ya desde que era militar en Marruecos le protegió hasta el final de sus días. O las campañas terroristas que inició la banda ETA contra el propio Carrero Blanco o Aznar, y que también incluyó como objetivo para acabar con su vida hasta al mismísimo rey emérito Juan Carlos I.

OBERON

www.oberonlibros.com

